

Puntos de vista

Baldomero Lillo y la generación del 900

EN los últimos treinta años del siglo XIX, nacen Baldomero Lillo, Federico Gana, Joaquín Díaz Garcés, Augusto d'Halmar, Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Mariano Latorre, Pedro Prado, Joaquín Edwards Bello, Luis Durand. El lapso escogido va desde 1867, fecha de nacimiento de Lillo, hasta el 95. No puede negarse que se trata de un período fecundo y afortunado para nuestra literatura y con la afirmación pensamos sólo en la prosa, en el cuento y en la novela, dejando aparte la poesía y sus diferenciados cultores. La actividad de estos prosistas es variada, algunos son copiosos, nutridos por fuertes corrientes, como nuestros ríos sureños, otros hacen una obra literaria escasa llevados por la pasión periodística o por un estilo abúlico de vivir que, inevitablemente, alcanza a la obra de arte. Baldomero Lillo es el hermano mayor en años de este grupo coetáneo. No posee el cromatismo ni el desenfado aristocrático de Federico Gana, ni la vivacidad oportuna,

demasiado contemporánea de Joaquín Díaz Garcés, ni el estilo de Barrios y Latorre, ni la poesía subyacente de d'Halmar y Prado, ni el cosmopolitismo de Edwards Bello, ni la plasticidad lírica de Durand, al paisaje y al habla de sus hombres. Tampoco podría asociársele al denso y apasionado psicologismo de Maluenda. Sin embargo, Lillo que sólo vive 56 años y publica dos libros, "Sub-Tierra" y "Sub-Sole", en 1904 y en 1907, aporta un estilo literario febril, un ímpetu en que se mezclan la necesidad de redimir a los hombres y de contemplarlos en sus dolores y miserias. No parece ser otro, tampoco, el sentido de la creación artística: la capacidad de apartarse de la multitud y de contemplar la unidad individual y el conjunto en su posibilidad más dramática, sin perder el rumbo del goce estético. La prosa de Lillo es dura y fuerte, la tosquedad supera, a veces, el alcance artístico; pero bajo su periferia, bulle una pasión sublimante, una compasión humana que llega a la protesta y a la contenida ternura. Tal vez estas últimas virtudes expliquen su identificación con el espíritu de nuestro pueblo y por qué su obra se defiende sin otros puntos de apoyo que su misma contextura, hasta el extremo de que hasta la fecha se identifique la zona minera del carbón, con sus tremendos relatos, convirtiendo a su autor en matriz y vidente de un inaplazable progreso social.

Si buscamos, de modo somero, las influencias que determinaron la existencia de Baldomero Lillo como creador literario, captamos elementos fácilmente reconocibles. Lillo nace en el pueblo minero de Lota y los ámbitos de su in-

fancia y de su adolescencia, son el mar y la mina que avanza, como un desafío del hombre, bajo la superficie azul. Uno de nuestros novelistas del carbón presenta a Lillo como un mozo delgado, pálido, de ojos claros, que observa a los mineros en un día de pago. Aparte de estos factores vivos, influye en Lillo, igual que en toda su generación, la literatura francesa. Zola y Maupassant han dado impulso en Chile a muchas auténticas vocaciones literarias y es fácil encontrarlos, al primero en su naturalismo sociológico; y al segundo en su maestría lírica y anecdótica, en gran parte de nuestros prosistas. Están en la sobriedad transparente de los relatos de Gana, en los cuentos realistas de d'Halmar, en la trama hogareña de la novelística de Barrios, en el gracejo cruel que ilustra los mejores cuentos de Durand. Los lectores de "Germinal", de Zola, no necesitarán de comedidos guías a fin de asociar la reciedumbre de su universo a "Sub-Terra", de Lillo. Por lo demás, nada tiene de extraño que una literatura profundamente elaborada como la francesa, con artífices y fanáticos de la creación literaria, haya venido a modelar la prosa de un país nuevo de la América del Sur, si se recuerda su influjo en la propia España y hasta en los terrenos imponderables de la ciencia teológica. En la prosa recia de Lillo que talla el tronco sin excluir las rugosidades de la corteza, se advierte menos la influencia rusa que forma más tarde una promoción de escritores y que ilumina de dramatismo sin destino, a otros representantes más jóvenes de su grupo.

Los biógrafos de Baldomero Lillo han hurgado ante-

cedentes fundamentales que permitan establecer una clave de su apasionada vocación. Armando Donoso busca una relación entre la existencia aventurera de su padre que, después de algunos de sus viajes, habría narrado al niño más de una aventura prodigiosa. El propio hermano del cuentista, el poeta don Samuel A. Lillo, nos dice que Baldomero fué un mozo enfermizo desde la niñez, que jamás conoció otra arma de trabajo que no fuera su pluma. González Vera, en el prólogo de "Relatos Populares", edición póstuma del autor de "Sub-Terra", nos refiere que Baldomero Lillo pretendió escribir la novela del salitre, que realizó viajes al norte de Chile, pero que nunca logró pasar del primer capítulo. Le faltó dinero a fin de renovar sus visitas al escenario de su heroica ficción. Este último dato nos parece el más sugestivo. El cuentista llevaba en su sangre una experiencia infantil que se confundía con su propia vida y el resto de su obra, cuentos urbanos, campesinos y leyendas, apenas se entretejen en su obra fundamental: la mina que él vió desde pequeño en Lota y en Lebu. Baldomero Lillo, artista cabal, no salió de la órbita de su vivencia en el plano literario, tan sólo la perfeccionó con sus lecturas y la contrastó con los matices que le ofreció la vida en otros ámbitos. Allí tal vez reside su autenticidad y ese soplo febril de sus relatos que lo sitúa en plano personal y distante de los literatos engollidos que bullen en todas las épocas.

No obstante, al enjuiciar un autor, su obra y su propia generación, no es hábil dedicarse a coger causalidades. No existen planteles ni métodos a fin de producir escrito-

res y artistas; nacen como esas flores de cálices impolutos en los terrenos más hollados, vencen a través de los años resistencias que parecen inamovibles y su voz sincera y desgarrada, rectifica la conducta humana y acarrea felicidad a quienes ni siquiera se interesan por su destino. Baldomero Lillo fué un trágico testigo de la mina chilena y es explicable que los acontecimientos del mundo moderno le hayan convertido en bandera de lucha y también en ejemplo memorable para quienes, desde otros ángulos, repujan la expresión apasionada de su arte. En la primavera de 1923, murió Baldomero Lillo en el pueblo de San Bernardo. En la capital había sido agente de seguros y funcionario de la Universidad de Chile. Su atribulada y dolorosa existencia real carece de importancia, resulta consumida por las llamas de su afán creador. Y ese flujo real y al mismo tiempo fantástico con que él hizo trascendente la realidad escurridiza es el que modela su perfil legendario.